

tro espejuelo desacreditado por demás y caído ya en desuso.

Réstanos—por hoy—deciros, con el personaje de los «Sobrinos del Capitán Grant»:

Esta vez os ha salido un poquito desigual.

O. T.

CUENTOS DE «LA OPINIÓN»

(DE NUESTRO CONCURSO)

NOCHE TRÁGICA

I

Cuéntase en la aldea de San Hilario que Gregorio y Luciano, hijos del molinero del Arrabal de la misma, pretendían a la vez a una agraciada y hermosa muchacha, hija del único herrero de la aldea, que por las buenas cualidades que reunía era la admiración de todos sus convecinos.

Gregorio, que era el mayor, estaba enamorado de María (así se llamaba la hija del herrero), pero ella no le quería, por lo cual rehusó siempre las súplicas, promesas y ofrecimientos de aquel; prefería a Luciano por ser éste más simpático, agradable y bondadoso y por otras cosas más que enaltecían su buena y leal conducta por el noble corazón que tenía.

En cambio, Gregorio era grosero, adusto y traidor, no tenía amigos a causa de su mal genio, iba siempre solo, provisto de un enorme garrote, dispuesto a provocar luchas con cualquiera y a todas horas.

Cuando Gregorio estuvo desengañado de María, empezó entonces a odiar a su hermano Luciano, por haber sido éste más afortunado que él; por cualquier cosa le insultaba; estaban siempre en continua pelea y cada día más reñida.

II

Todas las noches iba Luciano a la herrería a pasar ratos alegres al lado de María, y al salir de ella para regresar al molino, pasaba siempre por el mismo camino; camino estrecho y arenoso, abiertos sus márgenes de altos y espesos cañares; camino que cuando llovía se convertía en un torrente caudaloso e intransitable.

Cierta noche del mes de Noviembre, fría y lúgubre, con un viento huracanado que silbaba furiosamente, que a causa de su ímpetu acometedor, los cañares de aquel solitario camino se batían unos contra otros, lo que aumentaba el pavor de las tinieblas, Luciano salía, como de costumbre, de casa de María emprendiendo un paso ligero por el indicado camino a fin de llegar antes al molino; más aún no se hallaba a mitad del camino, le salió de repente una figura alta y blanca como una estatua de mármol; era un fantasma que provisto de un farol iluminaba su rostro. Luciano, de momento se asustó, pero como no era cobarde, pronto

recuperó su serenidad y se sintió fuerte para vencer aquel obstáculo que en mala hora le interceptaba el paso.

Luciano emprendió de nuevo su interrumpida marcha.

—¡Atrás!—le dijo con voz apagada aquella fantástica figura.

Pero Luciano sin hacer caso siguió adelante.

—¡Atrás, repito, o morirás si por aquí pretendes pasar!—volvió de nuevo a murmurar el fantasma; más Luciano con todo su valor le respondió:

—Apártate, imbécil, y dí qué deseas a estas horas.

El fantasma no respondió.

—Mira que vas a pagar con tu pesada broma—siguió diciendo Luciano.

El fantasma estaba inmóvil, no respondía...

Silencio sepulcral; el viento había callado; nada se oía.....

Entonces, Luciano, viendo que nada conseguía, vaciló un momento para ver el medio de defenderse de las fieras amenazas de aquella extraña aparición, y muy pronto la tuvo; empezó a pedradas contra el bulto sospechoso, y después de haber tirado algunas piedras que a causa de la obscuridad de la noche no pudo distinguir si había hecho blanco, vió que el fantasma, muy precipitado, se escondía tras los cañares, y a los breves momentos sintió un ¡ay! tan profundo y lastimero que hasta se estremeció;—quizá—se dijo entre sí Luciano—he herido al fantasma y una vez perdido el conocimiento ha caído al fondo de algún barranco de los muchos que por allí había...

Luciano llegó al molino fatigado y rendido; su corazón palpitaba fuertemente; encendió un candil, vivaqueó la lumbre de la llar y dejándose caer en un viejo banco de madera, murmuró: ¿quién será el fantasma?

Entre tanto, el chasquido de la leña que se consumía en el fuego y el monótono tic-tac de un reloj de pared, aumentaba la soledad que allí reinaba.

Aquella noche Gregorio no estuvo en casa.

En la mañana siguiente tampoco compareció.

Sus padres y hermano se impacientaban en vista de su fatal ausencia.

Luciano nunca se imaginó que aquel fantasma podía ser su hermano.

Las comadres de la aldea no se cansaban de comentar el misterioso asunto del molino, aumentando o disminuyendo las dudas, según opinión de cada uno.

Los unos decían que se había marchado a trabajar en un pueblo vecino; otros, que como salía mucho de noche, quizá los lobos lo habían devorado, y otros, ya afirmaban que aburrido y despreciado de sus amigos y principalmente de María, se había suicidado tirándose como una piedra que echada al fondo del abismo corre abandonada a la ventura de su destino, destrozándose al chocar contra las duras rocas de algún precipicio...

¡Nada! toda pesquisa resultó inútil, no se pudo sacar el agua en claro.

Pasaron días y días, pero Gregorio no compareció ni dieron con su paradero.

III

Todas las mañanas al rayar el alba y al atar-

decer a la hora del crepúsculo, salía con su rebaño un pastor de allí cercano, que apacentando un día por una parte y otros por otra, se fijó que sus perros siempre le abandonaban corriendo hacia los cañares de aquel camino, y al llegar allí, empezaban a ladrar con todas sus fuerzas, hasta que un día, les siguió para saber a donde iban y de que se trataba; pero viendo que sus perros bajaban al fondo de un barranco muy peligroso y accidentado y cuando llegaban allí salían del mismo sitio numerosas bandadas de cuervos y otras clases de aves carnívoras que con el batimiento de sus alas movían un ruido ensordecedor y atolondrante.

Todo aquello sorprendió al vivaracho pastor, más como quiera se hallaba solo, no se atrevió a bajar al fondo del barranco y fué en busca de algún aldeano.

Al poco rato volvió acompañado de un amigo suyo y después de haberle contado lo que había visto, decidieron bajar, atados con cuerdas, donde se hallaban los perros del pastor, que junto con otros no se cansaban de aullar lastimosamente.

Llegaron por fin, después de mil peripecias, al lugar propuesto, pero muy pronto se convencieron de lo que se trataba. ¡Qué cuadro tan repugnante y asqueroso presenciaron! Se trataba, según ellos, de un crimen impune e ignorado; descubrieron el cadáver ya descomuesto de un hombre; era Gregorio, el hijo mayor del molinero, el que había sido causa de tantos comentarios, el que pretendía asustar en aquella noche de Noviembre a su hermano Luciano para que éste dejara de ir a casa de María, allí estaba, tendido en medio de un charco de agua corrompida, con el cráneo destrozado, a causa sin duda de la mortal caída o de los picotazos de los cuervos, envuelto con la sábana que usaba para hacer el fantasma, toda llena de lodo y salpicada de sangre...

La noticia se propagó por todas partes; los comentarios se reanudaron y todos los aldeanos se dirigieron al lugar del hallazgo macabro.

Las autoridades ordenaron la detención de Luciano para esclarecer el asunto, pues públicas y notorias eran las continuas luchas de los dos hermanos y se creyeron que se trataba de un fratricidio.

A las pocas horas los aldeanos sabían la detención de Luciano; todos exclamaban:—¡Pobre Luciano, es inocente! ¡Pobre Luciano!

Y en efecto, una pareja de la Guardia Rural fué al molino a capturar al buen muchacho, quien se entregó sin la menor resistencia.

Tomada la primera declaración lo llevaron a la cárcel de X, hasta esperar el día de la celebración de su juicio para condenarlo o dejarlo en libertad...

IV

Desde la celda de la cárcel a la aldea se cruzaron una infinidad de cartas de sus padres, de María y de sus amigos.

Al cabo de unos meses tuvo lugar el juicio tan esperado por Luciano, para fallar la causa que se le seguía. en el cual, los representantes de la justicia obraron con conciencia y fué declarado inocente, como efectivamente lo era. ¡La verdad había triunfado!

En la aldea recibieron con júbilo la grata